

**MEMORIAS DE LA LEGUA O LOS RECUERDOS A FLOR DE PIEL:
DE EXPERIENCIAS, EMOCIONES Y FRAGMENTOS¹**

Mario Garcés y Sebastián Leiva²

Resumen:

En este capítulo del libro *El golpe en La Legua*, se recrean las memorias del “11 de septiembre” de 1973 y días posteriores, de pobladores de un barrio de pueblo, emblemático de la ciudad de Santiago, la Población La Legua. Memorias de resistencia, pero más reiteradamente, memorias de la represión y de las víctimas, del miedo y del disciplinamiento social que impusieron los militares. Las amenazas y el temor frente a la posibilidad de ser bombardeados, el ataque a un bus de la policía, los saqueos en el barrio, el primer allanamiento a la “población”, las detenciones, las ejecuciones y la muerte son todos nudos o núcleos de la memoria del barrio, de la que dan testimonio las personas entrevistadas para este estudio.

Abstract:

This chapter of the book *El golpe en La Legua*, recreates the memories of the 1973 coup d'état and subsequent days among dwellers of Santiago's emblematic La Legua shantytown. These are memories of resistance, but more often memories of repression and victimization, of fear and social discipline imposed by the military. The threat of air attacks, the assault upon a police bus, looting in the neighborhood, the first military raid, the arrests, executions and deaths are all living memory “knots”, attested by different people interviewed in this study.

1.- Los que ya no están entre nosotros

Es sábado por la mañana, un 5 de agosto del 2000, y nos encontramos un grupo de pobladores de La Legua junto a dos historiadores, quienes les hemos propuesto un proyecto para indagar en la memoria de los leguinos sobre los años de la dictadura.

¹ Este artículo corresponde al capítulo III del libro Mario Garcés y Sebastián Leiva *El golpe en la Legua*, Santiago, Lom, 2005.

² Mario Garcés, Doctor en Historia, Académico de la Universidad de Santiago de Chile; Sebastián Leiva, Magister en Historia, Académico de la universidad Arcis

Explicamos paso a paso en qué consistirá el proyecto y en especial sobre la idea de que trabajaremos juntos, investigando sobre la memoria. De este modo, todos haremos un poco de historiadores de la población, para lo cual será necesario que aprendamos a hacer entrevistas. Proponemos, como primer paso, ver juntos el documental “La memoria obstinada”, de Patricio Guzmán y que luego conversemos, para saber cómo es que cada uno de nosotros recuerda “el golpe”.

Así lo hacemos y después de ver el documental, que nos enfrenta a imágenes de la Unidad Popular, del ataque a La Moneda y del Estadio Nacional, convertido en campo de detenidos, un espeso silencio se apodera de la sala, nos miramos todos con un conjunto de emociones contenidas, hasta que una compañera rompe el silencio:

“Gracias a Dios, yo no tuve la pérdida de un familiar, pero lo siento tanto por todas las personas que cayeron, porque también son mis hermanos... Yo vengo de una familia muy partidaria del Partido Socialista y cuándo me preguntan por qué usted es del PS, yo les digo, que bueno es mío y uno tampoco tiene porque andar dando explicaciones, divulgando a toda la gente (...) Así como quisieron callar a todas las personas... Más encima, uno tiene que saludar, como con hipocresía, decirles: los señores carabineros, y enseñarles a los cabros chicos, los señores carabineros, pero con que rabia, porque la verdad es que cometieron tantos abusos, pero ellos eran mandados ¿y si no hubieran sido? En ese tiempo tuve un sobrino, así cuando una vez me vino a ver, mi primera expresión fue decirle, ¿a cuántos te comistes? Después... mi marido quería matarme porque era un sobrino... Fue una expresión que tuve, ¿a cuántos te comiste? A lo mejor, él no mató a ninguno, pero solamente de verlo de uniforme fue una cosa que a mí me dolió mucho, me acordé de cuando habían las colas y apuntaban a los cabros los militares, a los cabritos...”

En este primer testimonio ya se insinúan algunos de los temas que nos acompañarán durante la indagación, la pérdida de familiares, las militancias reprimidas y la visión negativa y crítica de las fuerzas armadas y de carabineros, que actuaron en La Legua en los días que siguieron al golpe de estado de 1973. Una segunda intervención apunta inmediatamente a la cuestión de la verdad sobre los detenidos desaparecidos:

"¿Por qué hablan de tantos campos de concentración y nunca ha salido en los diarios, Puchuncaví? Hay un gran silencio. Yo voy a buscar entre todos mis papeles guardados por ahí, porque nosotros tenemos fotos de ahí, que sacamos clandestinamente. Ahí estuvo mi primo y no supimos más de él. Nunca más se supo nada. La última vez que se fue, que se supo de él, estaba ahí, porque hizo llegar, por intermedio de otras personas, le llegó a mi papá un papel que estaba ahí, porque mi papá vivió en Zapallar, y ahí supimos que estaba ahí, estaba en el listado, pero de ahí nunca más se supo de él. Entonces, son recuerdos, nosotros siempre estamos pendientes..."

Los recuerdos de los familiares que no están, se manifiestan muy pronto y este será tal vez uno de los nudos de memoria más importantes, respecto del cual no hay amnesia posible. El recuerdo no puede disociar al que no está como a quienes los mataron o hicieron desaparecer, es decir, a la víctima y al victimario:

"Yo pienso que el video que se vio hoy son recuerdos dolorosos y amargos, porque pasa lo siguiente, llega una etapa en que los hijos preguntan mamá ¿Por qué pasa esto? ¿Por qué pasa esto otro? ¿Por qué no voy a ver más a mi tío? ¿Por qué no voy a ver más a mi primo? Entonces son recuerdos amargos, muy amargos. Mis hijas no alcanzaron a conocer a su tío, porque el fue desaparecido el 13 de octubre de 1973 (...) Desapareció en las puertas de la Embajada Argentina, la última vez que nosotros supimos de él, desapareció del Hospital San Borja (en esos años, este hospital estaba situado al lado de la Embajada) y hasta el día de hoy, no sabemos nada de él, pero dónde ha habido aviso de restos, alguna cosa así, nosotros hemos estado, sobre todo, en el Patio 29. Y ahí, en la medida que se ven estas cosas, ellas las escuchan, ¿por qué no saber dónde están los restos? Y hay muchos que no lo saben, o sea, los restos de mi tío que se murió allá en San Vicente, que desapareció, tampoco se sabe de él, de mi primo, de los tíos de mis hijas, son muchas personas... A mí me dicen que hay que decirles, carabineros, no, para mí son "pacos", la mitad son los asesinos más grandes del mundo; la aviación, más asesina todavía. Entonces, este hombre que no murió en el atentado que le hicieron, que hizo bombardear La Legua, entonces, todos esos recuerdos son para mí dolorosos, ya que con niños chicos,

de cinco, seis años arrancando para otras poblaciones porque iban a bombardear La Legua".

Pero, no se trata sólo de los recuerdos de familia, sino que también de los recuerdos colectivos o comunitarios, en especial de la población, que fue víctima de diversas agresiones, y entre ellas, una de las más difíciles de olvidar, la amenaza de que serían bombardeados:

"Para muchas personas de La Legua fue un castigo psicológico creo yo, por los aviones que ya cayeron, fue algo terrible, yo me acuerdo que tenía, de los seis, tenía como tres más chicos, y es verdad, todos abajito del catre, mi suegra debajo del catre. Yo, lo único que quería que me mataran a mí, que mataran a mis hijos, porque ¿quién me iba a ayudar? Entonces, pienso que el castigo psicológico que se le hizo a La Legua, de pensar que en cualquier minuto íbamos a ser liquidados todos. Y se burlaron, yo digo burla psicológica (...) El pensar en todo lo que pasó durante esos años, uno lo recuerda con dolor, con mucha rabia".

Las agresiones se suman y todo indica que no se olvidan. La Legua fue allanada más de una vez entre septiembre y diciembre de 1973 y en cada allanamiento se vivieron diversas experiencias de represión, incluida la muerte de más de un vecino, malos tratos así como también, en algunos casos, la destrucción de los bienes de los pobladores:

"Yo no sufrí familiares, pero llegaban los milicos y me hacían tira las cosas. Yo tenía todos los niños chicos en ese tiempo, hacían tira las cosas, los colchones, todo esto es un trauma para los niños. Doy gracias a Dios que ninguno tomó por mal camino, porque una cosa que lo choquea, quedamos nosotros mal, ¿cómo quedarán los hijos? Yo tenía ocho hijos en ese tiempo y vivo al frente de la fábrica SUMAR, esa era la más, todos los días disparaban de arriba de la fábrica y los milicos parados arriba, apuntando a nosotros que estábamos al frente. Era terrible, yo tenía la puerta con llave todo el tiempo para que los niños no salieran a la calle y los mataran... Ahí estábamos a dos fuegos y todos nos íbamos para el patio para que las balas no nos alcanzaran... Me rompieron con balas las

ventanas, fue terrible, entonces uno queda marcada y los niños, cómo quedarán, gritaban como animalitos”.

"Lo otro fue ver morir personas, vecinas, yo me acuerdo que una vecina estaba peinando a su hija en el patio y le llega un balazo. Fue horrible, terrible, algo que no se va a olvidar nunca. Va a quedar marcado, los niños ven, esa niña quedó traumatizada porque vio morir a su madre con la cabeza destrozada, una niña de cinco años que vio a su mamá que cayó en la falda de ella, fue terrible".

"Yo creo que eso nos ha hecho más duras a nosotras, ahora vemos una muerte y nosotros ni ahí, porque yo me acuerdo que al lado de mi casa cayó un cadáver y no salí a recogerlo, por el miedo a que nos mataran también".

"En ese tiempo, yo me acuerdo cuando había que salir a comprar algo para comer, tenías que salir con un milico al lado, para comprar un pan para nuestros hijos, con un milico al lado. No podíamos salir de aquí ni a Gran Avenida, porque éramos vigiladas. Y aún, yo creo que fueron muchos años, yo me acuerdo del año ochenta y tanto, también nos allanaron igual, nos tiraron las cosas que habíamos comprado nuevamente, igual destrozaron nuestras cosas (...)" .

De este modo, los primeros recuerdos que surgen en la conversación, en una primera ronda de testimonios, se asocian a los sentimientos de dolor y amargura que provocan hasta hoy la muerte o desaparición de familiares así como una negativa visión de las fuerzas armadas y de carabineros. Las víctimas de La Legua y poblaciones vecinas suman más de cincuenta en una comunidad urbana de un poco más de veinte mil habitantes. La memoria entonces, más “obstinada”, que pareciera permanecer más a flor de piel, es la de la muerte que golpeó a la población en los primeros días y meses, que siguieron al golpe de estado de 1973. La muerte, en su doble forma, del que se sabe que murió, como la vecina “que estaba peinando a su hija en el patio” en la Población Sumar, y del que desapareció, como el cuñado de una de las participantes de nuestro Taller, cuando intentaba asilarse en la Embajada de Argentina.

Por otra parte, está también muy presente la memoria de las agresiones que sufrieron los pobladores de La Legua, asociadas éstas a sentimientos de inseguridad, de impotencia y de temor, cada vez que la población fue invadida por carabineros, aviadores y militares, entre septiembre y diciembre de 1973. El primer allanamiento masivo se produjo el domingo 16 de septiembre, con más de doscientos detenidos, y el día martes 11 enfrentamientos en La Legua, que sin duda provocaron gran impacto en la población y más allá de ella. Entre el martes 11 y el domingo 16 se vivieron días de incertidumbre, en que no se sabía que podía pasar y fue entonces cuando cundió el temor de un ataque aéreo, con propósitos evidentemente de castigo, pero que era muy difícil de prever en cuanto a su alcance y magnitud. El miedo comenzó entonces a instalarse en la población.

2.- La amenaza de bombardeo

El rumor y la amenaza de que la población sería bombardeada, fue una experiencia de temor e incertidumbre que se empezó a constituir el mismo día del golpe y que se fue haciendo más real en los días siguientes, sobre todo la madrugada del domingo 16, cuando vuelos rasante de aviones recorrieron el barrio y la población fue definitivamente allanada, con gran despliegue de fuerzas de aire y tierra. Los recuerdos en torno a esta experiencia, de sentir que podían ser bombardeados, fueron reiterados en las entrevistas que realizamos en La Legua, de tal modo que así como la muerte de vecinos y familiares, este constituye otro de los núcleos significativos y relevantes de memoria de los pobladores de La Legua.

Para Fresia, la amenaza de bombardeo fue “un castigo psicológico” para La Legua, pero además, una realidad difícil de creer:

“Cuando daban las noticias, tenía que ir a buscar a los que estaban acá, en la Escuela 17 y los otros dos mayores... para el 11, yo veía que la gente, las mamás corrían con los chiquillos, parecían de esas gallinas cuando arrancan, cuando les van siguiendo sus polluelos, así, unas veces era yo también (...) Era una cosa que nunca se me pasaba por la mente, yo tenía un cuñado que leía mucho, leía cuando hablaban de la guerra de otros países, decía, ¡uy! si pasa algo aquí yo me

arrancaría para los cerros, me metería en las cuevas. Así, yo me imaginaba y esa vez yo le tomé mucho miedo de ver, que cuando nos amenazaron que nos iban a bombardear, yo quería sinceramente envenenar a mi hijo y envenenarme yo. Yo decía, van a matar a mi hijo, a mi marido, a mi familia, porque vivíamos todos en una casa” .

María Inés, el día del golpe, alcanzó a salir de su casa en dirección a su trabajo, en el sector de Estación Central. Allí se enteró que el golpe estaba en desarrollo, le costaba creerlo cuando sólo días antes sus compañeros comentaban que cómo los militares iban a dar un golpe si grandes masas de trabajadores apoyaban a Allende. No obstante, esa mañana la historia daba un giro y cambiaba de curso. Se comunicó entonces con su marido, que trabajaba también en el sector, y juntos decidieron regresar a La Legua:

“Empezamos a caminar porque ya no había locomoción, teníamos que ir caminando desde la Estación Central hacia La Legua y cómo íbamos atravesando cuando era el bombardeo de La Moneda, ahí me acuerdo que lloré también, lloré porque me dio una emoción tan grande, porque sabíamos que Allende había dicho que él no iba a salir de La Moneda. Llegamos a la casa, toque de queda, nadie podía salir, pero en la Legua es bien especial la gente, no hacía caso, a veces de no salir para afuera, entonces se sentían disparos, que sé yo, una pila de cosas... Después el día 12, ya habían anunciado que iban a bombardear La Legua, entonces mi marido me decía a mí, ¿cómo se le ocurre que van a bombardear La Legua? Mucha gente se fue de la población, harta gente se fue, pero los demás, nos quedamos. Cuando empieza a venir la primera lanchada de aviones, porque pasaron tres veces así, nosotros creíamos que estaban rociando las casas porque eran un ruido fenomenal, fantástico de fuerte. La gente toda salió a la calle, ya estábamos en toque de queda, entonces, yo me desesperé y dije, van a tirar bombas a la gente y decía ¡entréense para adentro! y nadie me hacía caso y yo hasta me desmayé ahí a la entrada de la puerta. En esto, vino mi viejo, me dio agua y se me pasó ligerito. Pero, fue algo terrible, yo me acuerdo que estaba recostada, porque nos habíamos amanecido escuchando la Radio Moscú , calladitos, ahí bien calladitos, nos habíamos amanecido escuchando la radio porque nosotros queríamos saber qué es lo que ocurría en

otros sectores, que no había noticias, no había nada. Todo callado entonces, teníamos que escuchar... también se falseó mucho porque se decían que estaban los compañeros, que habían salido, que estaban en enfrentamientos, y eso, en realidad no fue. En eso estábamos, recostados, cuando sentimos aviones y yo me puse tan nerviosa, me enredé en la tapa que tenía encima, me caí al suelo, a todo esto, los aviones ya venían pasando y ahí fue el susto tan grande. Esa fue una de las cosas que más me impactó a mí”.

Rafael, por su parte, se encontraba haciendo el Servicio Militar en la ciudad de Arica, al extremo norte del país y también supo de la posibilidad de que La Legua fuera bombardeada:

“Allá en Arica, se supo que bombardeaban La Legua, no sé cómo, alguien supo... habíamos varios leguinos haciendo el Servicio Militar, mucha gente de acá, de la comuna de San Joaquín, habíamos 25, todos de la comuna y de La Legua, éramos como 7 u 8. Entonces, yo llamé por teléfono a la casa del frente de mi mamá, había teléfono, llamé y cuando el teléfono llamaba me di cuenta que no habían bombardeado”.

La Legua no fue bombardeada, aunque en más de una ocasión sus cielos fueron amenazados por vuelos de aviones de combate, helicópteros o luces de bengala, sobre todo, la noche del 11. En la memoria persisten no sólo los recuerdos del temor que ello provocó, sino también, probablemente las razones de por qué no ocurrió. Así lo explica un joven en el taller de monitores:

“La versión que yo conozco es que Leigh era como “el malo de la tele”, él quería terminar todo, o sea, para él La Legua era un nido de comunistas, entonces había que exterminarlo de raíz. No sé, entonces esto es una cuestión en el imaginario de la gente, el comentario, la conversación que hubo entre Leigh y Pinochet fue que Pinochet le dijo, por lo que me han contado, que dejara que entraran los militares y si había resistencia, bombardeaban”.

La posibilidad de bombardear La Legua, se la puede considerar desde distintos puntos de vista. Por una parte, el temor de bombardeos recorrió varias poblaciones de

Santiago, lo que tal vez, se relaciona directamente con el ataque aéreo a La Moneda, que no sólo resultó sorprendente e inédito para la mayoría de los santiaguinos, sino que los aviones encargados de la operación sobrevolaron más de una vez la ciudad. Por otra parte, el hecho de que en La Legua hubo resistencia el día del golpe, hacía más posible esta alternativa, que fue consignada en uno de los informes de la Oficina de la CIA en Santiago, a fines de septiembre, que indicaba que la aviación habría abandonado su proyecto de bombardear la zona de La Legua. Esta misma idea nos fue transmitida por un capitán en retiro de la Fuerza Aérea, que nos indicó, que existía en la base El Bosque un avión preparado para actuar, según fuera la resistencia que encontraran en la Población el domingo 16 de septiembre, cuando la población fue allanada.

De todos modos, entre el martes 11, día del golpe y el domingo 16, día en que La Legua fue allanada, muchos otros acontecimientos se sucedieron en la población, que de alguna manera alimentaban la idea de un posible ataque aéreo.

3.- El ataque a un bus de carabineros

Junto al recuerdo de los que “ya no están entre nosotros” y la amenaza de bombardeo, un recuerdo que también se reitera y que da lugar a las más diversas versiones, se relaciona con los enfrentamientos que se produjeron en La Legua el día 11, pero más en particular con el ataque a un bus de carabineros. Por cierto, la memoria sobre estos sucesos es la que más ha trascendido a la población y se superponen relatos que hablan tanto de enfrentamientos entre militantes de izquierda, que vinieron de afuera, como de pobladores de la propia Legua. Si bien hay sobrevivientes de estos sucesos, no son muchos, y menos todavía los sobrevivientes de La Legua, ya que la mayor parte de ellos fueron asesinados, en una acción represiva posterior al golpe, en el mes de diciembre de 1973; otros, salieron al exilio; y otros aún no se atreven a contar lo que vieron y lo que vivieron.

De todos modos, como se trata de un suceso tan importante, la memoria lo ha preservado con sucesivas elaboraciones, debates y relatos fragmentarios que se han ido transmitiendo en el tiempo. Es decir, la mayoría de los propios legüinos no comparten una visión relativamente estructurada de qué fue lo que ocurrió el día 11 en la

población. Relatan lo que les tocó vivir y lo que luego escucharon de sus amigos y vecinos. Así, en nuestros primeros talleres, el tema fue emergiendo una y otra vez. Un diálogo muy expresivo, de las visiones encontradas sobre este suceso, fue el que se dio en una de estas sesiones:

- Lo de micro fue el día 11, fue en la semana, no fue el mismo día 11 porque ahí nos acuartelaron a todos para adentro.
- La micro era como una papa caliente.
- A mí me dijeron que la habían quemado.
- Si., la quemaron, la micro era de carabineros.
- Pero, que agarraron una micro y que los mataron a todos, eso no.
- Y que los colgaron
- Eso ya es mentira
- La quemaron allá en Las Industrias con no se qué parte, la quemaron de ahí se vino enfrentando hasta acá
- Yo digo que a lo mejor quedó en panne, la dejaron ahí y la gente la quemó.
- Fue en la semana, si no el mismo día 11. El día 11 nos metimos todos acuartelados para dentro. Mi marido llegó como a las 12 y me dijo, “Aquí no podemos salir, hay un golpe militar fuerte”, sí, le dije, ya lo sabemos todos y así la niña mía llegó después, ella estaba en las monjas, llegó corriendo.

Fabián, joven de Legua de Emergencia, en medio de este diálogo, agrega:

“A mí me han contado muchas cosas, inclusive por aquí hay un joven que el hermano no puede llegar a Chile porque fue de los estuvo en el atentado de la micro, ahora hay varias versiones. Una dice que a la micro la incendiaron en Salvador Allende y la trajeron para acá, otra, dice que fue acá en Toro y Zambrano con Pedro Alarcón, es decir, versiones hay muchas, inclusive un día estuve conversando con el papá de... que él dice que vio como comenzó la acción entre cabros de La Legua con policías y que venían gente del MIR a reforzar la acción, entonces se produjo que los pacos se retiraron y al llegar a Toro y Zambrano, unos dicen que fue un bazucaso, otros dicen que fue un incendio, cachai, muchas versiones, pero que los pacos salieron de allí, hay otros que dicen que los pacos quedaron dentro...” .

René discrepa con Fabián con relación a la participación de los militantes del MIR:

“Aquí no llegó el MIR, llegó el GAP porque después lo pude comprobar... cuando hace dos años vinieron a la Iglesia San Cayetano y vinieron a hacer una exposición (lo que pasa es que nosotros no estamos enterados porque no participamos), yo te digo, las personas que estuvieron y están en los videos, cierto, fueron las últimas personas que estuvieron con el presidente Allende” .

Para todos está claro, que hubo enfrentamientos, sin embargo, se debate acerca de la forma en éstos se verificaron y acerca de sus protagonistas. Es interesante a este respecto que los grupos que se mencionan - el MIR y el GAP - son efectivamente los que tenían alguna capacidad de acción militar, pero como pudimos comprobar en el curso de esta investigación, quienes se enfrentaron fueron básicamente militantes socialistas - algunos de ellos vinculados al GAP - y jóvenes militantes del Partido Comunista del Comité Local “Galo González” de la misma población La Legua.

Don Luis, antiguo militante del PC, vive prácticamente al centro de La Legua Nueva, muy cerca de la parroquia San Cayetano y de la antigua sede del Comité Local del PC. Estuvo entonces más cerca de los acontecimientos que se desarrollaron en este sector y probablemente sea, entre las personas mayores, quien más acompañó a los jóvenes legüinos, antes, durante y después del golpe. Don Luis reconoce que algunos detalles se olvidan, pero no la cuestión general, y así nos compartió sus memorias:

“El 11 de septiembre, estábamos nosotros en la población, ya en la mañana habíamos sabido que se había sublevado la Marina y después de aquí nos asomábamos y veíamos cómo estaban bombardeando La Moneda y toda la gente empezó a reunirse aquí en la esquina, pero sin saber, estaban indecisos de ir al centro, porque ya la locomoción no pasaba. Estábamos todos aquí agrupados, dentro de la población y a eso de las dos de la tarde, casi toda la gente había almorzado... nos situamos aquí en la esquina, porque toda la gente no había ido a trabajar, así que estaban todos en la esquina y vimos que venía un grupo de jóvenes con armamento (...) Entonces ellos se subieron a la bomba (al carro del

cuerpo de bomberos de la población) varios jóvenes, de los que venían de la industria, de los que venían armados, entonces al llegar a la esquina de Toro y Zambrano toparon con una camioneta de carabineros y ahí se dispararon, pero los carabineros se fueron ¿entiende? Se fueron, no sé, se arrancaron. Y después volvieron para acá por Álvarez de Toledo con una micro de carabineros, entonces, había unos jóvenes (...) aparece esa micro con los carabineros armados y ahí aparece un joven, que no se de donde sería, con una bazuca, y al llegar ahí a la calle Alvarez de Toledo, cómo se llama esa calle después de Teniente Soto, se paró. Nosotros estábamos mirando de por aquí, se paró en ese lado, preparó la bazuca y le mandó el bazucaso y tuvo la suerte de no se qué, le pegó medio a medio, y ahí quedó la embarrá, por ahí cayeron entonces, huyeron los otros, ya quedó el carro destrozado y los carabineros muertos y después aparecieron carabineros con tanquetas disparando para todos, entonces tuvimos que encerrarnos y pasaban por medio de la calle Los Copihues disparando, cerrando las calles, después se dieron la vuelta en Toro y Zambrano y habían unos jóvenes, que no eran de esta población... y se subieron a los tejados y les disparaban a los carabineros y ahí, incluso, frente a la casa del vecino, cómo se llama, Raúl Rivera, cayó un carabinero... pero todos los que disparaban no eran de esta población, eran jóvenes que venía de afuera” .

Quienes coordinábamos, el año 2000, desde ECO la indagación en la memoria de los legüinos, queríamos saber más del ataque al bus de carabineros y de los enfrentamientos del día 11 y pusimos la pregunta en una “Peña-Taller” a la que invitamos a un importante número de pobladores. Respondieron a la invitación, para la tarde de un sábado, unas cincuenta personas, hombres y mujeres, jóvenes y adultos. Los historiadores hicimos un planteamiento inicial, con la poca información de que contábamos hasta ese momento y luego nos dividimos en cuatro grupos de trabajo. En cada grupo, las personas comenzaron a contarse entre sí lo que habían visto, vivido o escuchado. Los recuerdos, por cierto se ampliaron, las horas y fechas se hicieron imprecisas, pero los relatos más densos y en muchos casos, con una alta carga emocional y con un definido énfasis en cuanto a sus significados . En este contexto, Delia compartió sus recuerdos de niña, las explicaciones de su madre, los allanamientos de que fueron víctimas y la acogida que brindaron a los militantes de la izquierda que

ingresaron a la Población, por su propia calle, memorias de la inocencia, del miedo y también del espontáneo apoyo a quienes resistían el golpe:

"Yo recuerdo ese 11 de septiembre, me encontraba en la Escuela 13, iba en la enseñanza básica y recuerdo que nos echaron del colegio, pero sin decirnos por qué nos echaban, y miramos para la Gran Avenida (arteria principal que cruza de norte a sur los barrios de San Miguel y La Cisterna) con una vecina, que éramos compañeras de colegio y yo veía mucho carabinero, muchas tanquetas, muchos uniformes en las calles, y a mi, me parecía una fiesta, yo le veía como una fiesta y en eso llego a la feria donde mi mamá trabajaba, que era la feria de Bustamante y me dice, qué andaba haciendo por allá. Yo le dije que parecía una fiesta, que entonces nos echaron de la escuela temprano... Me dijo: " no sabe hija que este es un golpe de estado". Yo le dije no sé, no sé lo que es y me explicó algo y me echó para la casa.

Después llegaron a la casa con la mercadería, con la fruta que les había quedado, los fierros, todo, porque ella era más adulta, sabía lo que era. Después en un allanamiento, uno o dos vecinos, cuando vino el allanamiento, dijeron que nosotros teníamos armas... El primer allanamiento fue suave, normal, lo encuentro yo... Pero, el segundo allanamiento fue terrible, ahí estábamos todos aterrorizados, que incluso mi mamá dijo, "si se van a llevar a uno, que nos lleven a todos, que nos maten a todos". Ese era el lema de la casa, y para nosotros fue terrible porque rompieron colchones, sacaron los pizarreños , o sea, fue terrible, eso es lo que yo recuerdo del golpe, después de creer que era una fiesta, el susto que pasamos (...). Había puro miedo no más, puro terror, el saber que habían matado tanta gente, eso, y después, en otro momento, recuerdo que pasaron unos compañeros por la Coca Cola (depósito de esta empresa vecina a La Legua), un montón de compañeros y yo recuerdo, que mi madre decía "Esos si son los que van a defender al pueblo, así que por favor, ayúdenlos" Y nosotros, como niños chicos, les hacíamos señales, que ya compañeros, y contentos nosotros, felices, que ellos eran los que defendían la población, incluso, en esos momentos estaba la fruta, estaba todo eso en la casa, y se les dio agua, se mojaron los chiquillos, se les dio frutas, pan y ellos siguieron su camino, andaban buscando la SUMAR..." (Industria textil vecina a La Legua).

Juanita, activa participante de la Red de Organizaciones Sociales de La Legua, relató de cómo en su sector dieron protección a los jóvenes que arrancaban durante la noche del golpe. Si bien no era mucho lo que se podía hacer, sí se ponía prueba la solidaridad con los vecinos, pero en especial, con los jóvenes:

"Bueno, yo soy Juanita. No me avergüenza y no le temo a nada, tantas cosas que ahora ya no interesan, ese día del golpe, nosotros estábamos en fila, ahora se dice fila, antes, se decía "cola", en el Almacén de don Juan, ahí, en la calle Drake, en la Aníbal Pinto (población inmediatamente vecina a La Legua) para comprar pan y el pollo, que venía llegando. En ese momento, llegó una señora diciendo "acaba de darse un golpe de estado", así hay que cerrar temprano e irse todos para la casa. No le creímos, cuando sentimos los baleos, ya, lejos, y alguien dijo, esta fuerte la cosa con "la tomada" del gobierno. En ese momento, venía llegando mi marido, en una camioneta, que trabajaba en la Municipalidad de San Miguel, y me dijo, nos vinimos todos, hubo un golpe de estado, así que todos para adentro de la casa. Ya nos vinimos todos, se deshizo toda la cosa en la fila y nos vinimos. En la noche, yo no quise tener ninguna luz prendida, teníamos la pura estufa prendida, estábamos en el comedor y con la puerta media abierta, y venía alguien corriendo, un cabro joven, nosotros le decíamos, oiga, vengase pa'ca, pase, pase, porque sabíamos que si pasaba por el pasaje 6, por Drake hasta las monjas, era baleado. Así que metíamos ahí nosotros, chiquillos, todos calladitos, ahí sentados por el suelo, ni siquiera en los sillones. Ahí, en la cocina, para el patio, para otra pieza, en eso, justamente después llegan a golpear la puerta, y abro, y era mi sobrino, que trabajaba allá en Vicuña Mackena, y llega corriendo y dice que él venía por San Joaquín... por una población, "me vine con unas chiquillas de allí, corriendo y entraron para adentro los militares, baleando a todo lo que daba, y nosotros arrancamos para acá". Así que él traía cuatro jóvenes más. Así que ahí los dejamos adentro toda la noche, y al otro día como a las cinco de la mañana, que veíamos que ya no había nada, no se veían carabineros, empezaron a salir uno por uno".

Don Ernesto Salamanca, que ha perdido a dos de sus hijos, ambos detenidos desaparecidos, comparte su experiencia como dirigente sindical, su percepción crítica sobre la Izquierda el día del golpe y su voluntad de no olvidar:

"No quiero decir falsedad, ni mentiras, yo en ese tiempo era el presidente del sindicato de alcantarilleros y en la población no participaba, pero el día martes, del golpe... se oyeron las noticias que la Armada se había levantado, yo no fui a trabajar ese día y mi gente se quedó en la casa, los estudiantes también y bueno, empezamos a ver qué pasaba (...) Dos hijos fueron a parar al Estadio y yo me fui de acá, de la población y no volví hasta los seis meses del golpe, fue todo confuso, porque la organización de izquierda no tenía nada organizado, todos se preguntaban: ¿Qué se hace? ¿Qué se hace? Y no había nada, aparte de los compañeros que llegaron con armas acá, que venían del lado de La Emergencia (del sector oeste de la Legua), que venían marchando, ahí venía un compañero que siempre lo ubico yo, estaba joven en ese tiempo... que es de acá, venía varia gente, entonces llegaron hasta aquí a La Legua... que si la resistencia se hubiese hecho en todo el país, como se hizo en La Legua, no bien organizada, así a regañadientes, yo creo que habría sido más difícil para tomar el poder, los militares (...) Se ha ido sabiendo que a las 11, a las 12 del día, la dictadura tenía todo ya ocupado, de hecho, habían foquitos no más de resistencia, o sea, que de una sola plumada el golpe militar vino y los barrió a todos, y vinieron las consecuencias después, los derechos humanos, los prisioneros, otros que tuvieron que irse fuera de Chile y no pudieron volver (...) Y costó mucho organizar la resistencia acá en la población, a mi me tocó en mi partido, no trabajar en la población, trabajé en la cosa sindical, en otros contactos (...) Mi compañera participó en la cuestión de los detenidos desaparecidos, cuando todo estaba totalmente cerrado, no salía ninguna cosa para afuera, la dictadura tenía todo controlado, se hizo la primera huelga en Don Bosco (se refiere a la primera huelga de hambre de familiares de detenidos desaparecidos), que los compadres estuvieron 17 días para poder salir para afuera, la organización empezó a abrirse (...) Yo, por lo menos, nunca olvidaré hasta que me muera, que este golpe fue terrible, porque una cantidad de dirigentes, amigos míos están desaparecidos y otros están fuera, en asilo y también tengo dos hijos desaparecidos, que nunca olvidaré. Entonces moriré con la cosa que hay que castigar a los culpables..."

Una señora, menos conocida en el grupo, que viene por primera vez a este tipo de actividades, relata la historia de su hermano, también víctima de la represión de esos días inmediatamente posteriores al golpe. Ella no termina de entender los llamados al perdón, que desde el Estado se dirigen a víctimas y victimarios:

"Yo, lo único que puedo contar es que tenía un hermano que trabajaba en la SUMAR. Entonces, ese día 11 de septiembre, mi mamá le dijo que no fuera a trabajar, porque había protesta, pero ella no se supo explicar, sí habían militares, ella dijo así no más, hay protesta, no vayas. Entonces, llegó mi hermano y se fue, no le hizo caso... cuando lo toman los militares, lo arrastraron por el suelo y se pasearon, no sé cuántos militares por encima de él, entonces a él lo machucaron entero, por dentro. Y de ahí, desapareció, no sabíamos dónde estaba (...) Se lo llevaron y no sabíamos adónde y fuimos a preguntar a todas partes y en ninguna parte estaba, entonces le dije yo a mi mamá -porque él había trabajado en FAMA E- por qué no vamos a preguntar al Ministerio de Defensa, como el salió jubilado de ahí, vamos a preguntar allá, a lo mejor, saben algo. Y fuimos las dos... hablamos con un militar, que tenía así como un libro grande, donde estaban todos los que estaban ahí, nos dijo: "Está en el Estadio Nacional". Cómo va a estar en el Estadio Nacional, si nosotras venimos de allá, y nos dijeron que ahí no estaba, que no estaba en la lista, que ellos no lo habían visto. Lo tenían arrinconado, lo tenían todo machucado y sabe, cuando salió del Estadio, estuvo más de un mes en el Estadio... salió desfigurado totalmente, pálido, parecía que estaba enfermo del pulmón, estaba todo machucado por dentro. Duró como cuatro días enfermo después que salió del Estadio, pasaron cuatro días y lo llevamos a todos los médicos y nadie conocía la enfermedad, ningún médico se la conocía y era que estaba todo machucado por dentro y falleció a los cuatro días... En realidad, es lo que podría decir del 11, porque nosotros nunca nos hemos metido en nada, en política, en nada, por eso ahora cuando llamen a pedir perdón, yo no voy a ir, porque pedir perdón es muy delicado, yo no voy a ir y en mi casa no va ir nadie, prefiero acordarme de mi hermano, mi hermano ya hace años que no está. El dejó tres hijos, señora joven, el 11 para mi no es nada, porque yo no soy metida en política. Yo tengo una amiga, la Juanita, y ella me invitó para acá".

Don René, comparte también su experiencia de esa mañana del 11 de septiembre y reafirma su convencimiento - validado por cierto en los años venideros - que con el golpe, los derechos de los pobres tocaban su fin:

"Lo mío también fue así, yo también salí en la mañana al trabajo, como diez para las ocho, cuando alcancé a pasar el centro, pero no me percate absolutamente de nada. Yo también sabía lo que estaba pasando, se sentía en el aire días ante esa tensión. Y estábamos trabajando cuando de repente empiezan a darse vueltas, a dar informaciones y ahí, se paró el trabajo. Estaba allá, en avenida Perú, al lado del cerro San Cristóbal, así que estábamos ahí, porque nosotros teníamos un sindicato también. Conversamos qué se podía hacer, los que entendíamos la situación, sabíamos que ya se terminaban los derechos, todos, todos, incluso hasta el poder andar por la calle. Y (yo) andaba con cualquier temor, de que en cualquier momento se lo iban a llevar, o si te llevaban, igual te iban a pegar. Y yo recuerdo, que algunos optaron por quedarse en la fábrica, otros optamos por venirnos a la casa y de ahí empezamos a caminar, tipo once, doce del día más o menos, por Recoleta hacia la casa, Y ahí después, estaba ocupado todo el centro por militares, pero era terrible, o sea, había terror en la calles, como sembraron el terror, yo te digo, que al verlas así sucias, solas, con un silencio de muerte. Nosotros éramos los únicos que andábamos por la calle (...) Yo llegué a la población como a las dos y media, toda la gente estaba en las calles (...) yo te digo, que fue terrible, impactante, ya se perdía todo, todo el derecho que tenía el pobre, que en ese tiempo, en esos tres años alcanzamos a ver que podíamos tener una vida digna, los derechos de ir al Municipal, el derecho de ir al centro, sentir que no era un derecho sólo de los ricos, ir al centro, sino que todos podíamos ir".

Si bien la mayoría refiere los temores o las agresiones de que fueron víctimas, también, de vez en cuando alguien comparte la experiencia del que "no le paso nada o casi nada", como el siguiente:

"Lo que yo recuerdo de ese día, es que estaban todos mis hermanos, en ese tiempo mis hermanos participaban en la jota (Juventudes Comunistas), y recuerdo que en ese año, nosotros tuvimos que quemar libros, que quemar el

carnet, porque era militante del partido y estábamos todos, y a nosotros no nos pasó nada, incluso a una vecina, que no voy a nombrar, les dijeron a los militares que a nosotros no nos allanaran, y por suerte a nosotros no nos pasó nada y después, ese mismo día en la noche del golpe, tiraron una bengala y estuvimos tres meses sin luz”.

Los testimonios se van sucediendo, y es por cierto la memoria de la muerte la más intensa, la que más conmueve y la que más se reitera, los hijos, el hermano, el vecino, pero también el desconocido que quedó en la calle. Los primeros muertos fueron los del día 11, en medio del enfrentamiento con carabineros:

“llegan ya otras fuerzas de carabineros a atacar la población, entonces empieza a defenderse, se meten algunos dentro de las casas y de los techos empiezan a disparar, después de esos disparos, al rato, se sale a la calle y ya vemos algunos heridos, por ejemplo algunos heridos que están en la calle Teniente Soto con Los Copihues, ahí habían dos muertos...” .

En este caso, se trata de víctimas resultado del enfrentamiento, pero se suman los que vendrán después, en los meses siguientes al golpe, como producto de la represión a los jóvenes comunistas de la Legua (entre ellos, los hijos de don Ernesto), pero también, la represión del tipo razzia o “limpieza social”, que las fuerzas armadas practicaron en La Legua. Así lo comentó Gastón, que no estaba en Chile para el 11, pero que vino meses después a buscar a su hermano:

“Me encontré con un drama enorme, porque compañeros y amigos, que habían sido compañeros futbolistas, amigos de distintos clubes deportivos, que había sido muertos, entre ellos recuerdo al Loco Marín, el “Tachuela”, el “Locomelo”, que era un gran win izquierdo, que tenía el club deportivo “Río Seco” y militaban en el Club Deportivo Norambuena, compadres que dentro de todo no pertenecían al ambiente laboral, pero en el fondo eran pobladores de nuestra población” .

También Fresia recuerda que en La Legua de Emergencia fueron “verdugados”, que los jóvenes fueron maltratados cuando hacían colas para comprar

en los días posteriores al golpe, pero los recuerdos más duros son los que se refieren a los muertos:

“Nunca olvidaré que teníamos una socia en el Centro de Madres, que se llama María González, a ella le mataron dos hijos en presencia de ella, en la casa. Se pusieron los chiquillos a tomar y empezaron a discutir entre familia, así cuando es fuerte, cuando toman, y pasaron - porque pasaban poniendo oído los militares - y creyeron que había una reunión, todas esas cosas, y se metieron para adentro y les mataron si pedir explicaciones... entonces creo que a la población afectó mucho, sobre todo el terror de los aviones, todo esas cosas... hartas cosas que yo quisiera echar para afuera...” .

La memoria de la muerte es por cierto una memoria en el límite de lo humanamente conocido, no hacemos la experiencia de la propia muerte para después contarla, aunque en la historia de Occidente el nazismo fue capaz de organizar una verdadera “industria de la muerte” y algunos sobrevivieron. No sólo se trataba de los crematorios al que se conducían los cuerpos, especialmente de los judíos, luego de las cámaras de gas, sino de las “condiciones de existencia” -si es que se la puede llamar así- en que vivían los detenidos en los campos de concentración. Todo conducía a la muerte, y pocos lograban sobrevivir a la experiencia del campo, porque o eran “seleccionados” para ser eliminados o porque morían antes de que ello ocurriera. También se dio el caso, de los “muertos en vida”, los denominados musulmanes, que dada las condiciones inhumanas de existencia perdían todo sentido y toda voluntad para vivir. Estos hombres pululaban en los campos. De todo ello, y de los que “sobrevivieron a la muerte” contamos con los conmovedores relatos de Primo Levi, de Viktor E. Frankl, Robert Antelme y más recientemente, de Jorge Semprún . En América Latina, los campos de detenidos, en algunos casos emularon la experiencia nazi, como nos los narra y describe Pilar Calveiro para el caso argentino, donde los detenidos desaparecidos superan los treinta mil. En el caso chileno, por su parte, más que los campos de detenidos, que por cierto tuvieron diversos desarrollos, los principales lugares de la muerte fueron los centros clandestinos de tortura y ejecución de los detenidos, el mayor de ellos Villa Grimaldi, en la ciudad de Santiago.

Si por un lado, fueron efectivamente los centros clandestinos de tortura y ejecución de detenidos, por donde se paseó la muerte entre los chilenos, a partir del golpe, también el barrio fue invadido por la muerte o por el miedo a la muerte. En La Legua, como nos indican los testimonios, no sólo hubo muertos el día del golpe, sino que estos fueron en aumento en los días y meses posteriores. Sus principales víctimas fueron tanto los militantes como los supuestos o reales delincuentes. De este modo, la memoria de la muerte es la que más conmueve a los legüinos, ya que el golpe de estado de 1973 tomó esa forma y ese rostro en las calles y pasajes y entre muchas familias de la población La Legua.

4.- “Saqueos, pero solidarios”

Entre el 11 y el 16 de septiembre, la situación en La Legua fue de incertidumbre. Algunos de los militantes que combatieron el 11, permanecieron en La Legua y fueron saliendo gradual y cuidadosamente; unos cuantos pertrechos militares usados ese día se escondieron; los militantes trataban de informarse y establecer contactos hacia afuera mientras la mayoría de los pobladores se vieron ante la disyuntiva de salir de la población o permanecer en ella, a la espera del anunciado bombardeo y del seguro allanamiento. En ese contexto “negativo”, como se indicó en uno de nuestros talleres, surgió también un signo positivo, los “saqueos”, la solidaridad para dar de comer a la población.

Resulta difícil precisar los lugares saqueados en esos días, aunque dos de ellos permanecen en la memoria: el de la industria textil Comandari y el supermercado de “las turcas”, en La Legua misma, ubicado en San Gregorio con Alcalde Pedro Alarcón. Con relación al saqueo de la fábrica, el testimonio de una mujer es concluyente:

“Pero que saquearon la fábrica esta, la saquearon... si yo también me metí a saquear... lo que pasaba es que faltaban los alimentos y nosotros sabíamos que ahí, en la fábrica, estaba lleno de cosas. Entonces, se juntaron varios chiquillos y dijeron, vamos a buscar alimentos, vamos a buscar alimentos (...) Total que como salieron mis chiquillos, yo salí detrás de ellos, no los quería dejar solos, me acuerdo que me lleve varias cosas, hasta una botella de champagne.”

Pero, al parecer no sólo se trataba de alimentos, sino que también de las telas que producía la industria textil Comandari. Entonces, otras personas recuerdan que hicieron sábanas, otros cortinas, y que había que darles un uso rápido a las telas, porque se sabía que vendría el allanamiento. El diario La Tercera informó de esta acción de los pobladores de La Legua, indicando que la industria “fue saqueada por desconocidos que se aprovecharon del desalojo de la industria” y que del lugar, se habrían sustraído una gran cantidad de alimentos y géneros que se producían en el establecimiento .

Otros testimonios también refieren a una situación de aislamiento, La Legua, estaba como cercada, y había escasez de alimentos, lo que habría provocado el saqueo del negocio de San Gregorio con Alcalde Pedro Alarcón:

“En esos momentos uno no podía desbandarse porque estábamos vigilados y no podíamos hacer nada, porque al hacerlo o no hacerlo, ´pagábamos igual el pato´ pero pienso que nunca, nunca la población perdió la solidaridad. Yo me acuerdo que se llegó un día que no tenía nada, nada que darle a los cabros y parece que de los nervios daba más hambre. Después, me acuerdo que abrieron el supermercado de ahí, en la esquina de San Gregorio, ahí los que podían sacaban, pero compartían. Fue un saqueo, pero lo compartieron con la población. Olvídate, yo cocinaba dos paquetes de tallarines... pero antes eran paquetes de un kilo, así que eran las olladas de tallarines... Yo no se si sería la locura, que un día tomamos una bolsa y echamos todo lo que pudimos y fuimos aquí al paradero 10, donde vivía una nuera, que las chiquillas estaban chiquititas, también esquivando a los pacos de la 12 , los milicos que estaban en cada esquina. No se, pero llegamos allá con esa mercadería para que se la dieran a los chiquillos. Yo digo, que a pesar de todo el miedo y todas esas cosa, todo el terror, pero nunca se ha perdido, no se, esa caridad, esa solidaridad. Yo hablo por La Legua, siempre la gente alerta, qué se yo, saquearon, saquearon, pero así la gente pudo comer, sobre todo los niños. Eso quería rescatarlo porque sufrimos hartos, pero compartimos también con personas que no tenían nada en esos momentos.”

5.- El allanamiento del domingo 16

Si los recuerdos del día del golpe se organizan en torno a lo que cada uno hizo ese día, de cómo llegó a la población y del “ataque al bus de carabineros”, los recuerdos del allanamiento del día 16, toman tres direcciones, por una parte, el temor de la mañana, cuando la población fue sobrevolada por aviones de combate; por otra parte, la memoria de las diversas agresiones, durante el allanamiento mismo, a las personas y sus bienes materiales; y, finalmente, un importante número de detenidos, que primero fueron trasladados a la Base Aérea de El Bosque y luego al Estadio Nacional.

Como ya hemos visto, el temor al bombardeo se había reiterado durante toda la semana, pero evidentemente este alcanzó más visos de realidad, cuando la mañana del domingo 16, los pobladores fueron despertados por el ruidoso vuelo de los aviones de la FACH. El diario La Tercera dio cuenta de este acontecimiento de una manera confusa y validando la represión sobre “focos de resistencia” que ya no existían. Esta fue la manera en que informo este diario, el día 17 de septiembre:

“Temprano en la capital la población fue sorprendida por el continuo pasar de aviones. Las fuerzas militares actuaron en “Nueva La Legua” contra un foco extremista que habían estado atentando contra la población civil y a los militares que hacían las rondas.

La acción se ejecutó luego que los niños y las mujeres fueron puestas a salvo. También los hombres fueron conminados a abandonar la población.”

Como se ve y esta fue la tendencia de las prensa en esos días, la información del diario La Tercera es imprecisa, de tal modo que ni los hechos ni las ideas se expresan con claridad, ni coherencia. Así entonces, se dice que “la capital fue sorprendida por el continuo pasar de aviones” (¿qué objeto tenía esa acción?) y que las fuerzas militares actuaron en Nueva La Legua (¿qué podría significar que “actuaron”?), que los “niños y las mujeres fueron puesta a salvo” (¿a salvo de quiénes?).

Volvamos entonces a los recuerdos de los legüinos. Sobre el temor al bombardeo ya hemos hecho referencia a más de un testimonio en las páginas precedentes, de tal modo, que sólo se puede reiterar que el miedo fue el sentimiento más fuerte, que revelan

los testigos y la necesidad de protegerse en sus propias casas, en condiciones ciertamente muy precarias:

“cuando pasaron los aviones - indica una mujer - la verdad es que pasamos harto susto, porque yo creo que todos hicimos algo. Yo vivía al interior e igual tiraron balas para abajo, uno se sentía desprotegida total y me acuerdo que me metí debajo de la cama con mi niño que tenía diez años. Entonces, ya pasamos encerrados, no teníamos nada, lo que teníamos, lo empezamos a comer.”

Este testimonio, que refiere al encerrarse, protegerse de cualquier forma -como ponerse debajo de las camas- y ver la forma de alimentarse nos fue reiterado por diferentes personas en distintas entrevistas.

Otro recuerdo, esta vez asociado al allanamiento y que se reitera también en las entrevistas, es la sensación de haberse encontrado ante una situación límite, de amenaza o riesgo en que se podía poner en juego la vida. La señora María, que el día 11 tomó contacto con los militantes de la izquierda que ingresaron a la población por su pasaje, recuerda que cuando se produjo el allanamiento, estaba con sus hijas y con un nieto y les dijo a todos ellos: “aquí les dije yo, nos vamos a morir, si van a llevar a alguien, nos vamos a tirar todos encima para que nos maten a todos y no quedemos ninguno vivo... “ Y agrega, “hasta el cabro chico estaba de acuerdo”. En los días previos al allanamiento habían estado quemando libros o papeles comprometedores, de tal modo “que no les encontraron ninguna cosa”. Por otra parte, recuerda también la señora María, que durante el allanamiento se preocupó de tener en su mano el dinero que tenía, porque sabía que se lo podían robar: “yo pesqué mi platita que tenía y la tenía en las manos para que no me la fueran a quitar. Ahí, me hubieran quitado la plata, yo habría cargado (...) si me hubieran muerto a alguien, yo no estaría viva, porque tendría que haber muerto a alguien.”

Con relación al allanamiento, don Luis, recuerda que esa mañana amanecieron completamente rodeados de militares en la Legua. Los informes que se fueron acumulando en la Vicaría de la Solidaridad, indican por su parte, que ese domingo 16 La Legua fue invadida por fuerzas combinadas de la FACH, Ejército y Carabineros con un despliegue que incluía tanques, tanquetas, camiones, jeeps y helicópteros que

coparon el sector, registraron casa a casa y detuvieron a varias decenas de pobladores. Don Luis, recuerda que primero pasaron por su casa unos militares, que no le pusieron mayores problemas, pero muy pronto las cosas se complicaron:

“Me acuerdo que un militar, y todavía me acuerdo, creo que era un grado de coronel, y me sacó para allá, muy amable, me preguntó varias cosas de la vida de la población y yo le contesté. Y me dijo, mire caballero, trate de no meterse más en estas cosas, así que nosotros nos vamos a retirar, aquí no tenemos nada que hacer... Dentro de unos diez minutos o un cuarto de hora, apareció un señor de la aviación, con grado, con cara de fascista, porque tenía los ojos que se le desorbitaban. Y venía con una lista, que se la hizo o se la dictó, yo creo, una vecina de acá, de la calle Fuerza, no sé, Dios la haya perdonado, si es que ha sido la señora que esta fallecida, la señora de los volantines, porque todos la acusaban a ella. Porque incluso después se llevaron detenido a Flores, el hermano, el Yayo, y a los jóvenes Navarro... Entonces, llegaron aquí con una lista y en la lista, el primero que estaba era yo, con una letra muy bonita, se conocía de una persona con cultura, sin falta de ortografía, una la conoce entonces. Entró, le pegó una pata a la puerta, el teniente o capitán, y me dijo, ¿quién es Luis Durán? Yo soy, pa´fuera me dijo después. Estábamos, Gerardo Rubilar, ¿quién estaba más? El joven de acá al lado, el Jorge Poblete que es un niño, tenía 14 años, lo tiraron pa´fuera también” (...)

Entonces, lo primero que hicieron, nos tiraron ahí, un montón de piedras, ahí donde se pone la feria, dentro de la plaza, y ahí nos pegaron una patadas, unos culatazos, y así, los milicos venían pintados, parece que venían drogados, porque no entendían razones, pegaban al tiro no más. Nos tiraron ahí en el suelo y después se llevaron a los jóvenes (...)

Nos hicieron caminar, así con las manos en la nuca hasta Santa Rosa y ahí, iban sacando gente, en la panadería sacaron a unos pobladores que estaban trabajando, un mapuchito también con traje, como estaban trabajando, los hicieron sacar para afuera y nos hicieron llegar hasta el Hospital Trudeauaux, y de ahí, no sé, traté de conocer yo a uno, parece que fue del gobierno de Allende, un militar muy nombrado. El estaba dirigiendo las operaciones (...) Ahí estaban los

torturadores, habían unos que les decían los perros, que eran unos jóvenes que estaban con unos lakies, y esos nos pegaban, nos pegaban en las rodillas, nos pegaban a donde cayera y a un paco se le ocurrió cortarle el pelo en serio a este vecino que era de la población Emergencia, que está en Bélgica, que se llama igual que el compositor, Agustín Lara (...) le cortaron el pelo a Diego Alfaro, le cortaron el pelo a Gerardo Rubilar y a varios vecinos. A Agustín Lara, después, le hicieron comerse el pelo, que conste, le hicieron comerse el pelo delante de mí. Entonces, cuando me estaba torturando a mí, y me pegué un golpe y me caí, mire para arriba y yo quedé mirando a uno de esos de los boinas y me pareció reconocerlo, porque un compañero de apellido Huerta que teníamos en la fábrica, tenía un hermano que se había metido en esta cuestión de los boinas, entonces, cuando yo lo miré fijo, me dijo: ¿Usted me conoce a mi? Entonces, le dije, parece que lo conozco. Entonces, me dejaron de castigar”

Don Luis no escatima en detalles, narra paso a paso su detención así como los maltratos de que fueron víctimas en plena vía pública, el domingo 16 de septiembre de 1973. René, por su parte, se representa la situación de La Legua como la de un gran “campo de concentración”: “Todo bloqueado con uniformados, cuando volvía las niñas del colegio o los niños, tipo cinco o seis de la tarde, no podían entrar hasta que terminara el allanamiento... La Legua era, yo le digo, un campo de concentración lleno de gente.”

René recuerda desde el sector de Legua Vieja, más cercano a Santa Rosa, hacia el extremo poniente de La Legua, donde fueron concentrados los detenidos, pero el allanamiento cubría todo el barrio, de tal modo que Carmen, que vivía en las inmediaciones de la industria SUMAR, hacia el extremo oriente de La Legua, vivió estos acontecimientos presa del temor, por lo que le pudiera pasar a sus hijos. Recuerda que “cuando llegaban los milicos me hacían tira las cosas, los colchones”, pero más grave aún, una de sus vecinas fue alcanzada por un disparo ese mismo día -el 16 de septiembre- falleciendo en el patio de su casa. Se trataba de Gladys Balboa, que según el Informe Rettig perdió la vida a causa de una herida a bala “como consecuencia de la violencia política existente en el país durante esos días.”

Carlos, al igual que don Luis fue detenido ese día. Participaba en un centro juvenil, vinculado a la Iglesia Católica, “era un grupo católico... más que nada éramos un grupo juvenil que nos juntábamos para participar en actividades, proyectos”. Fue detenido en la sede de su grupo y el castigo comenzó en ese mismo lugar “los carabineros nos detuvieron acá, dentro de la casa, revisaron la casa, nos pegaron, nos cortaron el pelo” y luego fueron entregados a los militares:

“Los carabineros nos entregaron acá en (calle) Venecia... después pasaron militares, nos echaron arriba de un camión y nos llevaron a (la calle) Santa Rosa, ahí se enojaron de nuevo, que nos pegaron, nos patearon, qué se yo, a mí me colgaron a una reja, porque yo tenía una foto, me había sacado una foto donde salía de vestido de cura, una foto na’que ver, pero como teníamos confianza con el cura, me había prestado la sotana y me saqué una foto, y por esa foto a mí me pegaron. Me colgaron arriba de la reja, me pusieron una corona, unas ramas... y ahí nos tuvieron cualquier rato, ellos no me creían a mí que yo no era el cura...”

Memorias de castigo, humillación e impotencia, que tanto para don Luis y para Carlos recién se iniciaban, ya que una vez concentrados los detenidos en Santa Rosa, iniciarían un periplo por la Base Aérea de El Bosque y el Estadio Nacional. A ambos lugares, llegarían marcados, eran los de La Legua, los “choros” (los delincuentes comunes para muchos), pero también los que habían resistido el día del golpe:

“Nos echaron a un camión tolva, todos amontonados (...) con las manos amarradas (...) Nos trasladaron hasta El Bosque, ahí nos llevaron, nos metieron a un gimnasio, ahí pegándonos, golpeándonos, que sé yo, pisoteándonos, y paseaban por encima de nosotros, y bueno, pasaron hartas cosas, inclusive yo, llegó un momento en que pensé que me iban a matar...”

Los malos tratos se sucedieron en el camino, cuando fueron trasladados de El Bosque al Estadio Nacional. Don Luis recuerda que “en el camino nos hacían bajar a nosotros y los pacos nos decían, aquí los vamos a fusilar, nos ponían ahí y hacían un simulacro de fusilamiento, bueno algunos compañeros se desmayaban, yo decía lo que toque...”

Al llegar al Estadio Nacional, según Carlos, los “suplicios continuaron”: corriendo por el medio, (del) “callejón oscuro” , que culatazos, que patadas, que sé yo, nos tiraban al suelo, nos pegaban y dentro de ese rato, que no sé que hora era, a un compadre que estaba al lado de nosotros, le pusieron un balazo y lo mataron ahí mismo, porque según los comentarios, tenía cargo por violación y lo habían identificado y lo mataron ahí mismo, al lado mío, lo mataron y ahí quedó el compadre...” . Don Luis recuerda también el “callejón oscuro” o fila del medio y el ánimo de venganza de los carabineros:

“Llegando al Estadio, nos hicieron pasar tres veces por la ‘fila del medio’, había una fila de pacos, entonces decían aquí nos vamos a desquitar porque ustedes en La Legua, nos mataron a varios... y nos pegaban y el que caía al suelo tenía que levantarse, y llenos de sangre, transpirando, nosotros corríamos porque teníamos que ir avanzando... y llegamos hasta los camarines...”.

Pero, también la solidaridad y un sutil sentido del humor de los legüinos alcanzó hasta los camarines del Estadio. Ello también lo preservan en su memoria, algunos de los que permanecieron en este lugar:

“Y nos tiraron a todos ahí, dentro de ahí, del piso pelao, todos machucados, todos quedamos ahí muertos de cansancio, de sueño, qué se yo, hasta que no supimos nada hasta el otro día, cuando ya desperté, me paré como pude para tomar agua y todos los compañeros, que estaban ahí, más mal que yo. Yo estaba mal, pero ellos estaban peor, y bueno, como pude tomé agua y después me saqué un zapato y empecé a darles agua en un zapato porque ellos no podían moverse. Y se reían porque la marca de zapato que en ese tiempo se usaba,, era de una buena marca” .

Los pobladores detenidos en el Estadio Nacional fueron dejados en libertad en las semanas siguientes, en el mes de octubre, pero ello no representó el fin de la represión para la población. Vinieron nuevos allanamientos, nuevos detenidos y sobre todo nuevas víctimas. Esta vez, fue la persecución más selectiva a los jóvenes militantes comunistas, que culminó el 21 de diciembre con la detención, tortura y ejecución de cinco de ellos, Alejandro Gómez, Luis Orellana, Pedro Rojas, Carlos Cuevas y Luis Canales. La prensa informó de un comunicado del ejército que daba cuenta de cinco

terroristas muertos cuando intentaban volar unas torres de alta tensión, como parte de un denominado “Plan Leopardo” destinado a producir graves disturbios. Por cierto, este comunicado era sólo una acción de encubrimiento de las primeras acciones de la DINA, como se pudo comprobar más tarde. Por otra parte, la represión se dirigió a los reales o supuestos delincuentes y más de treinta de ellos perdieron la vida, entre septiembre de 1973 y enero de 1974.

Desde el punto de vista de la memoria, estas y otras acciones represivas, dejaron por cierto huellas difíciles de borrar entre los pobladores de La Legua. El testimonio de dos jóvenes es muy expresivo del clima de temor que se configuró en La Legua, en los primeros años de la dictadura, prologándose hasta los años ochenta :

- "Yo recuerdo una infancia, un lugar donde se hablaba mucho de política y nos afectó, en el sentido que vivimos siempre con el miedo que nos pasara algo... Mi papá vivió siempre muy triste, mi papá murió en el año 85, de 33 años... hay como hartas cosas que la gente no sabe, mi papá fue muy conocido en la población, era una persona de iglesia, la verdad es que mi papá esos días previos a su muerte, había sido hostigado pero fuertemente por la CNI, por eso yo digo a veces, la gente no sabe esto... yo me considero víctima de la dictadura porque me mataron a mi papá, o sea, me lo mataron psicológicamente... Sentí un dolor muy grande y recuerdo a mi papá con mucha pena, porque un tío, el tío más querido tuvo que salir al exilio, y este tío siempre llamaba, ¿Cómo está el país? Que quería venirse. Y crecí con esa sensación que no éramos libres... recuerdo siempre el dolor de estómago que me daba, cuando por ejemplo mi papá tenía que salir a una manifestación, el que no volviera..."

- "Yo, cuando fue el golpe tenía meses, no tengo un recuerdo de lo que fue exactamente el golpe, solamente hay como una maraña de lo que se hablaba a nivel familiar, a nivel de la parroquia... y uno va creciendo con una historia que se va aclarando poco a poco, en la calle quedaba algunos murales que recordaban cosas que uno no entendía, que la gente generalmente le decían a uno que callara, que eso había pasado... por lo menos eso era la actitud de mis padres, un poco para proteger a la juventud como venía, yo pienso la rebeldía

propia de la juventud, entonces, trataban de aminorar, que volviera a pasar una situación tan traumática".

6.- Las memorias de los legüinos

Como se aprecia en los testimonios de nuestros entrevistados, la experiencia del 11 y de los días siguientes, constituyó una fuerte marca entre los pobladores de la Legua, que se ha recreado en el tiempo en las memorias individuales y colectivas. Estas, toman diversos cursos y dan lugar a diversas emociones que acompañan a los recuerdos así como también refuerzan ciertas señas de identidad de los pobladores de La Legua.

La memoria preserva efectivamente, como hemos visto en este capítulo, ciertos núcleos significativos de la experiencia. Estos podrían agruparse en dos continentes: el de la resistencia, que se expresa sobre todo el día 11, y el de la represión que se extiende en los días y meses siguientes al golpe. En el primer caso, dada las características de los enfrentamientos, en cierto modo fortuitos en La Legua, los recuerdos son más difusos mientras que en el segundo, la experiencia de represión, es mucho más extendida y se halla aún a "flor de piel" en muchos de nuestros entrevistados. De este modo, si bien es posible reconocer en la memoria de los legüinos, recuerdos de la resistencia y la represión, ciertamente son más dominantes los segundos.

Con relación al primer continente, el de la resistencia, los recuerdos, dependiendo de cuanto más cerca o más lejos estuvieron las personas de los acontecimientos, se hacen más nítidos o más difusos. En el caso de los "testigos" más directos, si bien persisten los temores de contar lo vivido, es posible acceder a fragmentos muy reveladores o relatos más articulados de la experiencia. Así lo revelan los testimonios de don Luis Durán y de su hija Margarita, respectivamente. Complotan también en contra de estos recuerdos, el hecho de que parte importante de los testigos o protagonistas de los sucesos del 11 fueron ejecutados, asesinados o hechos desaparecer en los primeros meses posteriores al golpe. Incluso más, algunos de los sobrevivientes, partieron pronto al exilio. A pesar, sin embargo, de todas estas dificultades de la memoria, la resistencia en La Legua el día del golpe, constituye un núcleo altamente significativo para los pobladores de la Legua y más allá de ellos, ya que, junto al

“combate de La Moneda”, fue La Legua sino el único, el principal foco de resistencia urbano popular al golpe de estado de 1973. Ello, no sólo hace “especial” (más “combativa”, más “consecuente”, con más “tradiciones”) a La Legua, sino que ratifica para ella, un lugar preeminente en la memoria del pueblo de Santiago.

Por otra parte, con relación al segundo continente, el de las memorias de la represión, si bien se vincula con el anterior, adquiere una fuerza avasalladora y en algunos casos, inunda todas las memorias. En efecto, el castigo a La Legua, tomó diversas formas que fueron comprometiendo al conjunto de los pobladores, unos que fueron torturados, ejecutados o hechos desaparecer; otros que sufrieron detención arbitraria y prolongada; otros que no les quedó más camino que el exilio; y, otros, la mayoría que vivió maltratos, humillaciones y castigos de diverso tipo en los sucesivos allanamientos y traslado a centros de detención.

En este contexto, la experiencia del golpe para los pobladores de La Legua no sólo representó la “ruptura del régimen democrático”, sino una prolongada experiencia de castigo, de “limpieza social”, de disciplinamiento autoritario y conservador así como de “venganza” social y política por haber resistido el 11 de septiembre. Los efectos de esta experiencia, en el tiempo, siguieron dos caminos, el del miedo que se fue apoderando de muchos –como mecanismo de protección, pero también como inhibición para la acción social y política- y, paradójicamente, el de la “resistencia”, pero ahora volviendo sobre sus propias tradiciones organizativas, que encontraron en la Iglesia Católica de la población, un lugar de refugio y de rearticulación. En efecto, muchos testimonios que refieren a la experiencia de re organización señalan al sacerdote Guido Peters y a los espacios abiertos en la parroquia local como un apoyo y aliados fundamentales para reencontrarse y preparar las luchas por el retorno a la democracia.